

AMANDO MELON  
— DIECIOCHESCAS  
CALIDADES DE ALEJANDRO  
DE HUMBOLDT. —



CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO  
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO  
EN LA UNIVERSIDAD

AMANDO MELON

DIECIOCHESCAS CALI-  
DADES DE ALEJANDRO  
DE HUMBOLDT

1960



CUADERNOS DE LA CATEDRA  
FEIJOO N.º 7

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

PSICOLÓGICAS CALIDADES DE  
ALEJANDRO DE HUMBOLDT

LA Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, hipersensible a toda novedad científica y a todo oportuno recuerdo, decidió conmemorar el Primer Centenario de la muerte de Alejandro de Humboldt con dos actos-homenaje, que se celebraron en el próximo pasado octubre. Al objeto de determinarlos en sus detalles se nombra la correspondiente Comisión, cuya heterogeneidad expresó mucho respecto al espíritu generoso de la Academia. Tuve el honor de intervenir en ella con triple representación: la del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la de la Facultad de Filosofía y Letras, y la de la Real Academia de la Historia. Algún amigo y de buena manera me llamó acaparador. No pude excusarme—y hacerlo hubiera sido hipocresía, pues me halagaba—de mi intervención como agonista

en el acto que se celebra en la Academia el 22 de Octubre. Comencé en el afirmando escuetamente, sin comentario o explicación, que Alejandro de Humboldt se engastaba con plenitud en la centuria y espíritu décimo octavo. No podía hacer otra cosa al ajustarme con rigor al tema de mi disertación.

\* \* \*

Ahora, en la Cátedra de Feijóo, en la que se delibera con máxima competencia sobre personas, asuntos y problemas del siglo XVIII, en natural recuerdo a su homónimo, es necesario que justifique el porqué Humboldt puede ser objeto de una lección, que en mi caso será modesta, en la acreditada aula ovetense; es necesario que lo que antaño anuncié simplemente lo teoremeice y demuestre. Esto es lo que me propongo en la lección que voy a ofrecer, y con este título: «Dieciochescas calidades de Alejandro de Humboldt». Primero estudiadas en lo que se refiere a su haber científico; después, en lo relativo a su ideología político-social.

\* \* \*

El discurrir vital de una personalidad y el acaecer de su trabajo y labor pueden injertarse en su época o ser extraños a la misma. En el primer caso puede hablarse de hombres excepcionales pero no extemporáneos, de perfiles o siluetas de más vivo tono que el común colorido del fondo de la época; en el segundo, puede hablarse de hombres genios, extemporáneos, de

figuras que se destacan con vivo contraste de color en la escenografía del mundo en que viven. Tanto pesa la herencia y la época—que se matiza al decir de Braudel por vivencia existencial, persistencia del pasado e instancia hacia el futuro—que en el correr de la historia y en lo que refiere a valores personales abundan más los *atemperados*, o matizados por su época, que los *destemplados* o *extemporáneos*, o sin clara impronta del medio en que viven. Muchas veces la historia, la apasionada historia y coja biografía, trastoca valores y calidades, convierte en hombres providenciales o geniales a los que son, por mucho que alcance su valor, hijos de su tiempo o época. Con relación a esto, y a causa de reciente lectura de un trabajo del profesor Mario Hernández Barba, me viene a la pluma un ejemplo, el de D. Enrique el Navegante. Portugal y algunas españolas sociedades sabias se disponen en el presente año de 1960 a celebrar el 5.º Centenario de su muerte; es de desear y de esperar con motivo de esto una seria revisión de la abundosa literatura histórica sobre el Infante. Por culpa del cronista Zurara, que vivió a lo príncipe gracias a la munificencia de su señor, se ha, corrientemente, heroificado a éste y presentado como verdadero motor y creador de la expansión portuguesa y de los Descubrimientos. Y así, bajo el peso de omisiones, puede afirmarse que carecemos de una biografía del Infante. Las que existen lo presentan aislado de la escenografía que le rodea; por esto, podrán ser completas en cuanto a *narrare* pero insuficientes en el *discurrere*; y el nervio de la historia tanto narrar como discurrir. Solo engastando al Infante en la época podemos justamente calibrar y ponderar su verdadera labor; con esto pierde, eso sí, mucha singularización pero se abre paso, en cambio, a toda la verdad.

No es éste el caso de Humboldt. Los sesudos alemanes que de él se han ocupado, por lo general, no han perdido de vista el campo temporal en que se encuadra ni el valor de sus aportaciones científicas en relación con otras contemporáneas. Nunca le llaman el genial Humboldt; si, muchas veces, el sabio Humboldt, en el sentido de superar el corriente nivel de lo sabido en su época, pero sin perder el encaje con la misma.

\*  
\* \* \*

El *universalismo* escolástico o capacitación dialéctica para todo, a base de una Filosofía por cierto en trance de reverdecimiento en España, es bien distinto del *universalismo* del siglo XVIII. Es éste, en cuanto a estudio y conocer, la antítesis de la actual y necesaria especialización. En tal sentir se orientan los llamados actualmente Estudios Superiores. ¡Cuán diferente su mundo del vivido por Humboldt en sus años de formación y de escolar universitario! Con preparación doméstica amplia, dilatada en años y tutelada por un preceptor se lanza a correr universidades, y a escuchar en Berlín, donde no hubo Universidad hasta el año 1810, lecciones, enseñanzas y conferencias del más variado tipo. La corriente indiferenciación de estudios, el corriente interesarse por todo, explica cómo los hermanos Humboldt, Guillermo y Alejandro, escucharon en Gotinga, a veces lecciones de un mismo maestro; y cómo el segundo, con vocación naturalística, destaca entre los docentes de aquella ciudad al filólogo Heyne, de quien recibe enseñanzas y dirección de trabajos.

La pluralidad de competencia de Humboldt en los más diversos saberes cristaliza en la de igual grado de

sus libros y, sobre todo, en la colaboración de Revistas de las más variadas fisonomías: de química, física, historia natural, matemáticas, astronomía, farmacia, medicina, geografía, etnografía, política... La multiplicidad de saberes fue calidad dieciochesca bastante corriente en la minoría de espíritus cultivados; no olvidemos el caso de Kant ofreciendo un curso de geografía física; ni el de Goethe, tan interesado en anatomía comparada y botánica.

En el telón de fondo del *universalismo* del siglo XVIII no es caso raro el de Humboldt; pero si excepcional, ya que es impar en el hondo bucear en las más variadas ramas del saber científico, en muchas de las cuales deja huellas de «uña de león». Por eso, aun en su época, no siendo como la muestra de perfiladitos saberes sino de *universalismo*, provoca desbordante admiración. No sólo entre medianías boquiabiertas sino también entre gente de la mayor altura en capacidades receptiva y creadora. Por mucho que se haya repetido es necesario aducir una vez más el testimonio de Goethe, cuando escribe estas líneas refiriéndose a Humboldt: «¡Qué hombre! Hace tanto tiempo que lo conozco y siempre vuelve a producirme asombro. Puede afirmarse que sus conocimientos y saber viviente no tienen igual. ¡Y una multiplicidad como no la he visto nunca! Cualquier punto que se le toque le es familiar, y nos arrolla con sus tesoros espirituales».

La curiosidad, por nimia que parezca, se empareja de natural modo con el *universalismo*, y más cuando el curioso está en trance de viajero. En el mundo de la anécdota no faltan testimonios de cómo afectaba aquélla a Humboldt.

Recojo dos que exhuma Rayfred L. Stevens (México 1956). En la visita al pedregal de Xitle, Méjico,

acompaña a Humboldt un guía. « Preguntado este indígena, después de haber sido formalmente excitado a tratar con todos los miramientos posibles al sabio, cómo había ocurrido la expedición contestó: Qué sabio va a ser este señor; me preguntó cómo se llamaba mi mujer y mis hijos, cómo se denominaba el azadón, cómo la pala, etc... ¡Cosas tan sencillas que yo las sé; no faltaba más, no saber como se llama mi mujer! Y otra cosa: hace como los muchachos de escuela, que juntan piedras para atiborrarse los bolsillos».

También en Méjico ocurre el siguiente sucedido anecdótico. «Al llegar a cierto pueblo fue recibido y agasajado por el alcalde, que quiso guiarle en sus diversas excursiones. Como Humboldt no dejaba de hacer preguntas acerca de cuantas cosas veía, el bueno del alcalde llegó a ponerse de mal humor, hasta que, no pudiendo contenerse, le dijo: Señor, el virrey me dice que usted es un sabio; pero no comprendo qué es lo que usted puede saber si todo lo pregunta.—Pues por eso sé algo, dijo Humboldt pacientemente».

\* \* \*

Y vamos a ocuparnos de otra cualidad dieciochesca; es obvio decir que la temporalidad a que me refiero y he de referirme no ha de delimitarse con rigor cronológico. Decir un siglo, en sentido de época, no es sinónimo de cien años, sino de un tiempo o época perfilado por singularizadas características.

El siglo XVIII ofrenda al progreso del conocer científico una marcada tendencia de interés hacia los hechos y fenómenos de la naturaleza en sus más varios campos de actuación y de calidad; es el siglo del *cuanto* y del *como* o, sea, el que se interesa tanto en la catalo-

gación de lo existente en el orden natural como en la explicación de los hechos y fenómenos físicos y biológicos que el hombre puede conocer y estudiar. No olvidemos que es el siglo que recoge la más inmediata herencia de Newton, el que empareja la física y las matemáticas; el siglo de Linneo, de Buffon...; el siglo del nacer de la geología, de la geognosia, de los laboratorios no alquimistas sino de químicos, recordemos los de Gay Lussac y Vauquelin en París...; el siglo del paso gigante en los observatorios astronómicos posibles desde el invento de Galileo...; el siglo de Galvani y Volta y de las primeras experimentaciones sobre fisiología vegetal y animal.

¡Parece ambiente especialmente preparado para la aparición de Humboldt! Por otra parte, el parque de Tegel, donde su padre tanto se interesaba por la plantación de moreras, le ofrece naturales posibilidades para su curiosidad y observación; aquí, se dice, empieza a coleccionar rocas y plantas. Muy tempranamente se deja captar por el variado mundo de la Naturaleza, pronto se pone en camino de ser un «místico de la Naturaleza». Quiere ver y contemplar la obra de la creación en ámbitos variados y exóticos; Europa no le basta, hay que entrar en contacto sobre todo con la zona tropical, donde el mundo de la creación se viste con las mejores y más extrañas galas. Por eso, la pasión viajera le domina, y en época en la que se enraizan los viajes o exploraciones de tipo científico; por el ansia de salir de Europa y de enfrentarse con el mundo de los trópicos se desliga, cuando puede, cuando se convierte en rico heredero por la muerte de su madre, de los áureos lazos de la nómina oficial, y abandona el servicio del Estado prusiano como Inspector de Minas.

Con la pasión de *naturalista*, y así se autocalifica

Humboldt durante unos años, se conjuga enseguida la ideología unitaria de Herder - Goethe. La que es tanto como el descubrir la unidad y armonía del Todo. A partir de este momento su celoso interés por la Naturaleza tiene como fin y meta conocer la acción y reacción de los múltiples hechos y fenómenos naturales en la totalización de su soberano sistema o unidad. Humboldt y Goethe llegan a la teórica cumbre de su aspiración por caminos distintos, por veredas diferentes. El gran poeta, intuitivamente, y sobre esta base se interesa en la observación y estudio de la naturaleza; Humboldt, analíticamente, inductivamente, según la razón de causalidad. Estas dos posturas o posiciones se recuerdan y reflejan en el simbólico dibujo que acompaña a la dedicatoria a Goethe de la obra humboldtiana sobre *Idea para una geografía de las plantas*. Es dibujo del famoso Thorwaldsen, cuya vida artística tan ligada está a la vida de Humboldt. Representa a Apolo, dios de la poesía, levantando el velo a Isis, diosa de la nutrición Tierra. Al pie pétrea cartela con esta inscripción «Metamorphose der Pflanzen».

Personales testimonios declaran con nitidez el fin último que se propone Humboldt al estudiar la naturaleza. Así, poco antes de abandonar España (1799) con rumbo hacia América dice en carta a su amigo Friedländer: «Quiero recoger plantas y animales, estudiar el calor, la electricidad y el magnetismo de la atmósfera, determinar longitudes y latitudes, medir montañas...; sin embargo, todo esto no es el objeto de mi viaje. Su verdadero fin es investigar la urdimbre del conjunto y concomitancia de todas las fuerzas naturales.» Y este mismo pensamiento, radicante en el siglo XVIII, es el que domina e informa el abigarrado contenido del *Cosmos*, el llamado testamento científico de Humboldt.

En todas sus partes estampa como consigna las siguientes líneas de Plinio: *Naturae vero rerum vis atque majestas in omnibus momentis fide caret si quis modo partes ejus ac non totam completat animo*. Que en buena versión, la de mi compañero de Academia Sr. López del Toro, dicen así: «Carecen de crédito en todo momento, la fuerza y majestad de los acontecimientos naturales, si se les considera únicamente en sus partes y no en su conjunto».

El *leit motiv* del *Cosmos*, de inmediato acuerdo con la ideología Herder-Goethe, lo expresa Humboldt con cierta énfasis en las siguientes líneas: «La naturaleza, por medio de la razón, es decir, sometida en su conjunto al trabajo del pensamiento, es la unidad en la diversidad de los fenómenos, la armonía entre todas las cosas creadas, que difieren por su forma, por su propia constitución, por las fuerzas que las animan; es el Todo animado por un soplo de vida. El resultado más importante de un estudio racional de la naturaleza es recoger la unidad y armonía en esta inmensa acumulación de cosas y de fuerzas; abrazar con el mismo ardor, lo que es consecuencia de los descubrimientos de los siglos pasados con lo que se debe a las investigaciones de los tiempos en que vivimos, y analizar el detalle de los fenómenos sin sucumbir bajo su masa».

En el mismo sentir insiste en otro lugar del *Cosmos*, cuando escribe: «Para que esta obra sea digna de la bellísima expresión de *Cosmos*, que significa el orden en el Universo, y la magnificencia en el orden, es necesario que abrace y descubra el gran Todo; es preciso clasificar y coordinar los fenómenos, penetrar en el juego de las fuerzas que los producen, y pintar, en fin, en animado lenguaje, una viviente imagen de la realidad. ¡Quiera Dios que la infinita variedad de los elementos

de que se compone el cuadro de la naturaleza no perjudique a la impresión armoniosa de calma y de unidad, supremo objeto de toda obra literaria o puramente artística!».

\*

En el Humboldt naturalista pesan estímulos de la época en que lo encuadramos lo mismo en su concepción general de la naturaleza que en sus particularizados estudios, precisamente los que más significan en el humboldtiano haber científico. Tres ejemplos pueden aportarse para demostrarlo.

Como está dicho, en el siglo en que nace Humboldt adviene la geognosia; en sus últimas décadas se plantea la enconada lucha entre *neptuniistas y plutonistas*. Guerra casi teológica, ya que dos dioses del Olimpo, Neptuno y Plutón, son los titulares de los rivales partidos. Para unos, los apadrinados por Neptuno, se considera el agua como elemento universal o primer factor en la formación de rocas y formas terrestres; los otros, los patrocinados por Plutón, reclaman una intervención decisiva del terrestre fuego central, escupido por los volcanes, en muchas rocas y formas de nuestro planeta. Era escolar Humboldt cuando tomó partido en la lid. En un estudio, que también de escolar publica, sobre los basaltos del Rhin, derivado de sendos viajes por la zona renana, se afilia a la escuela de los neptuniistas, la que tenía como adalid al gran geólogo Werner, que fue docente de Humboldt en la Escuela de Minas de Freiberg.

Pero el tomar partido en Humboldt no significaba inhibirse de la lucha y discusión. Persistía latente en su

ánimo el duelo entre una y otra teoría. Honradamente para afirmar o corregir postura Humboldt tenía que enfrentarse con volcanes vivos o con zonas manifiesta e indubitadamente volcánicas. Por eso, apenas abandona el servicio como funcionario del Estado prusiano quiere ir a Italia, para ver y estudiar el Vesubio y sus aledañas regiones; hizo imposible su designio, de momento, la campaña de Italia del general Bonaparte.

Muy poco después, gracias al favor que le dispensan las autoridades españolas, consigue que el Correo «Pizarro», de la ruta Coruña - Habana, a bordo del cual iban Humboldt y Bonpland, haga una escala en Canarias, la suficiente para permitir a aquél la ascensión al Teide. Siete días de estancia en el Archipiélago bastaron para que el neptuniísta dejara de serlo, para derrocar totalmente la concepción geognóstica de Humboldt. Después de contemplar el sector de occidente de Lanzarote, como país recientemente destruído de «fuegos volcánicos», todo árido, negro, sin tierra vegetal y con huellas de la catastrófica erupción del año 1730 del Gran Volcán o Timanfaya; después de hacer pie en un desolado rincón de la isla Graciosa, verdadero campo de lavas; después de acercarse a la isla Infierno, o Roque del Oeste, cima de lava llena de huecos y cubierta de escorias parecidas al cok o a la masa esponjosa de la hulla desazufrada; después del recorrido a pie o en cabalgadura desde Santa Cruz de Tenerife al Teide y de observar de cerca su Caldera no podía admitirse la doctrina de Werner, no podía creerse a los basaltos como resultado de reacciones superficiales, sino como escupidos en forma fluída por las bocas volcánicas o cráteres.

Desde su estancia en Canarias pone Humboldt en plano delantero de interés, con la pasión de un con-

verso, el estudio de los volcanes como entes físicos, y en su expresión cronológica de vitalidad, que son sus erupciones. Podemos decir que se apodera de Humboldt el complejo del volcanismo, como reacción del ladeado interés por tales fenómenos de los neptunistas. La magnífica geografía de los volcanes que ofrenda el último volumen o parte del *Cosmos* es definitiva contrapostura de la que había tomado en la dieciochesca contienda entre neptunistas y plutonistas. ¡Loor al siglo XVIII! como época de formación e inspiración humboldtiana.

\* \* \*

También habríamos de alabarle con motivo de la génesis de otras conquistas o semiconquistas de Humboldt como naturalista; como descubridor, por ejemplo, de la altitud como importante circunstancia geográfica, y como fundador de la geografía de las plantas. Pero el comentario lato de estos y otros temas nos llevaría demasiado lejos, y desvirtuaría lo esquemático y ejemplarizador de la lección que me he propuesto. Me impongo, pues, en el trato de las dos cuestiones aludidas escueta brevedad.

La ascensión aerostática del gran químico Gay Lussac descubre modificaciones atmosféricas con la altura. De natural modo tales modificaciones han de repercutir en las condiciones físicas de superficie terrestre, en las que se explayará Humboldt en la segunda parte del volumen XX de la «Serie Americana». Con Gay Lussac le une a Humboldt íntimo trato, y eso que la relación científica comenzó de mala manera.

Linneo y Buffon son los creadores modernos de la Botánica y Zoología; el conocer científico del mundo

animal llevó a Zimmermann a estudiarlo en relación con el medio en que vive; así lo hizo en su *Zoología Geográfica*, del año 1777. Su abierto camino, con referencia al mundo vegetal y con más fortuna, llevó a Humboldt a su *Geografía de las Plantas*, o al estudio de sus asociaciones como elemento de paisaje. Su primer esbozo lo expuso a su amigo Jorge Forster en el año 1790. Conforme a lo que sucedió en otros temas Humboldt supera a los contemporáneos que siguen análoga dirección. Por eso, la zoogeografía de Zimmermann es logro incipiente, necesitado de muchos retoques y modificaciones; en cambio, la fitogeografía de Humboldt, como sistema, mantuvo en tiempos siguientes la fisonomía que le imprime su fundador.

\* \* \*

El siglo del *cuanto* y del *como* es también la época de las erudiciones histórica y científica. Esta calidad sobresalientemente capta y arraiga en Humboldt; primero por su formación básica humanística, circunstancia corriente en su tiempo; en segundo lugar, por lo que amplía su horizonte de visión y curiosidad el continente americano.

Al programar en España su viaje al Nuevo Mundo no cuentan como puntos de estudio ni el hombre como ente biológico ni las huellas de su actividad pretérita y presente. Y es que el nuevo medio con su exotismo y extrañeza despierta su *humanitarismo*, muy del siglo XVIII, y la atención hacia hechos y conductas que anteceden y construyen la realidad que ve.

Esta derivación del naturalista hacia el campo histórico y erudito, hacia la humanidad de Hispano-América

y hacia visiones y aconteceres del Nuevo Mundo se refleja en la portada que se pensó como válida para todos los volúmenes de la «Serie Americana» (Bitterling), y que consta tan sólo en el *Atlas Geográfico y Físico*. Es un magnífico dibujo de Gerard. En primer plano representa las gradas de un teocali y la cabeza de una sacerdotisa o princesa azteca; al fondo el Chimborazo, considerado entonces como la más gigante cima de la Tierra. Como tema principal un cacique indio vencido y derregado a quien Pallas Athenea consuela, con la rama del olivo y de la paz, y sostiene Mercurio, dios del comercio. Como leyenda la HUMANITAS. LITERAE. FRUGES, de la Historia Natural de Plinio. Expresiva de los tres escalonados designios que se propone Humboldt en su total labor por América. «Humanitas», como principal preocupación por el hombre; «Literae», aludiendo a la Ciencia como estímulo del esfuerzo humano; «Fruges», por último, como fundamentando la existencia.

La influencia de Montesquieu, bien dieciochesca por cierto, la influencia del *Espíritu de las Leyes*, late claramente y de modo del todo ortodoxo al juzgar de la fisonomía de ciertos restos de civilizaciones precolumbinas. Lo que el filósofo bordelés aplica a estructuras políticas hace Humboldt con relación a manifestaciones artísticas. A tal influencia se debe el encontrar en Humboldt los gérmenes no del determinismo geográfico, a lo Ritter, sino del posibilismo a estilo de Vidal de La Blache. Con relación a esto son de recordar las líneas humboldtianas que se contienen en la Introducción del *Atlas Pintoresco*: «presentando en una misma obra los toscos monumentos de los pueblos indígenas de América y las pintorescas vistas del país que estos pueblos han habitado, creo reunir hechos cuyas

relaciones no han escapado a la sagacidad de aquellos que se entregan al estudio filosófico del espíritu humano. Aunque las costumbres de las naciones, el desenvolvimiento de sus facultades intelectuales, el carácter particular impreso en sus obras depende de un gran número de concausas que no son puramente locales, no puede dudarse que el clima, configuración del suelo, fisonomía de los vegetales y el aspecto riente o salvaje influyen sobre los progresos de las artes y sobre el estilo que distingue sus producciones... Esta influencia es tanto más sensible cuanto más alejado está el hombre de la civilización... Los pueblos americanos en los cuales encontramos monumentos notables son pueblos montañosos. Las obras que han producido llevan la impronta de la naturaleza salvaje de las Cordilleras».

De análogo sentido y alcance son estas otras del *Cosmos*: La especie humana, unidad en la variedad, está sometida, «si bien en menor grado que las plantas y los animales, a las circunstancias del suelo y a las condiciones meteorológicas de la atmósfera, pero escapa más fácilmente al dominio de las potencias naturales por la actividad del espíritu, por el progreso de la inteligencia que poco a poco se eleva, así como también por la maravillosa flexibilidad de organización que se adapta a todos los climas, sin que por ello deje de participar esencialmente de la vida que anima a todo el Globo».

\* \* \*

Si la raigambre del siglo XVIII es clara y manifiesta en el hacer científico y concepciones de Humboldt, en su ideología político-social todavía es más nítida y, sobre todo, más exclusiva aquella paternidad. Las cali-

dades personales de Humboldt, y más destacadamente las que afectan a su sentir político, permiten calificarlo de «hijo del siglo XVIII»; como arraigan en el espíritu de Humboldt en los últimos decenios de la centuria se mantienen en su integridad y juvenil perfil hasta el día de su muerte; y tengamos en cuenta que no conoció la vida ociosa que es muerte anticipada.

Nace Humboldt bajo el signo de la *ilustración*, que ideológicamente tenía su sede y centro nuclear Alemán en la corte prusiana de Federico el Grande y en la Academia de Ciencias de Berlín. El héroe de Prusia frecuenta el castillo y parque de Tegel y cultiva íntimo trato con el padre de Alejandro; comparte con el retirado del activo servicio militar, por accidente que sufre en la guerra de los Siete Años, y su después Gentil Hombre de Cámara, su interés por la aclimatación en Prusia de la sericultura. En ambiente por demás propicio actúa la labor formativa del preceptor y jefe de estudios Cristián Kunth. Su influencia en los hermanos Humboldt fue decisiva en cuanto a engastarles de lleno en el espíritu de la ilustración racionalista y científico. Cristian Kunth llega a ser un miembro más en la familia de Tegel, y el administrador del patrimonio de Alejandro. Cuando muere Kunth sus restos mortales se depositan en el enterramiento del parque de Tegel; se redacta para su tumba lápida recordatoria de doble sentido, que le festeja tanto como cultivador de jóvenes plantas como de mentor de los dos Humboldt.

La «ilustración», «iluminación» o «Aufklärung» fue norma de vida y de espíritu; y en política, tanto como antitradicionalismo, avance y progreso. La ideología política de Humboldt, tan pronto imbuida como madura, nunca afectada de claudicaciones íntima o expresa, le deparó en su discurrir vital postura anómala,

situaciones difíciles y equívocas, y acusaciones injustas. Vamos a recordar algunos hechos como ejemplos.

Por culpa de la misma hubo notoria frialdad de relación entre Alejandro Humboldt y su madre. María Isabel Colomb, de origen francés y hugonote, descendiente de los acogidos en Alemania cuando el edicto de Nantes, al morir su segundo marido cumple admirablemente el papel de madre-viuda en un hogar al que imprimió más gravedad que calor. Años adelante, Humboldt reconoce los desvelos de su madre; así, en carta a Forell, de las publicadas con motivo del Congreso Internacional de Geografía del año 1799, alude a la *muy esmerada educación doméstica que recibió*. Sin perjuicio de esto, hay otros testimonios epistolares exhumados por Bruhns, expresivos de no gran cordialidad entre madre e hijo. En el otoño del año 1796, cuando ya la dolencia cancerosa de la madre de Humboldt rondaba hacia su término fatal y éste tenía 27 años, edad no propicia a caprichudas impacencias, escribe a un amigo: «Iré a Italia en la próxima primavera, sea como sea, esté mi madre muerta o viva». Al año siguiente, aludiendo en otra carta al fallecimiento de su madre dice así: «Bien sabes, mi más querido amigo, que mi corazón no sufrió demasiado por ese lado, porque nunca nos entendimos». Tal anómala frialdad, a falta de otros testimonios que la expliquen, debe achacarse a diferencias temperamentales e ideológicas: la ilustración y liberalismo, espíritu abierto y sociable, frente a tieso rigor tradicional y envarado trato.

El sentir político de Humboldt dió lugar a molestias y apuros, siquiera fuesen momentáneos, durante su estancia en París. Napoleón I, olvidándose de su filiación revolucionaria, califica a Humboldt de *ideólogo* en sentido peyorativo. La antipatía entre el joven de la

«ilustración» y el joven emperador, nacieron en el mismo año, fue cordialmente mútua. El ser miembro de la Academia de Ciencias o Instituto Nacional de Ciencias y Artes obliga a Humboldt a cierta cortesía hacia el emperador; sin embargo, ni ésta ni el laudatorio informe de Monge evitan que en cierta ocasión, probablemente hacia el año 1810, el emperador diese orden de inmediata salida de París del «ideólogo», a pretexto de temido espionaje prusiano. El golpe se paró gracias a la rápida y oportuna intervención de Juan Antonio Chaptal, que había sido ministro del Interior durante varios años. Pero... el daño estaba hecho y la postura más que señalada. En adecuada réplica Humboldt se hizo el sordo al rumor del deseo de Napoleón I de que se le dedicase el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, y tanto como acto de justicia como para perfilar mejor su descortesía ofrenda el libro a Carlos IV, «Rey de España y de las Indias» destronado por el dictador de Francia.

Peores ratos y más largos sinsabores proporcionó al hombre de la «ilustración» su cargo o cargos en las cortes de los reyes prusianos Federico Guillermo III y Federico Guillermo IV. Parece paradójico que un hombre de la «ilustración» se aviniera al servicio inmediato de monarcas que actuaban muchas veces en retrógrado. No es difícil, sin embargo, la explicación de esta anomalía; por un lado, aquellos monarcas querían uncir al carro de su corte y gobierno a un hombre famoso en el mundo y por el que en verdad sentían gran admiración; por otro, el viaje a América, que dura cinco años, había quebrantado de tal modo la fortuna personal de Humboldt, que no podía permitirse el lujo o arrogancia de «hacer asco» a un sueldo palatino.

A poco de regresar de su «Gran Viaje» lo nom-

bra Federico Guillermo III Gentil Hombre de Cámara, con su correspondiente cóngrua que podía doblarse si Humboldt se establecía en Berlín. Durante su larga residencia en París, de 1808 a 1826, disfrutó Humboldt del cargo sin la carga de obligación cotidiana; solo episódicamente se utilizaron sus servicios, cuando la entrada de los aliados en París y, después, cuando los congresos de Aquisgram y Verona. En los citados Congresos pudo darse cuenta por primera vez de la acre carga emparejada a su cargo, al ser pasivo testigo de resoluciones que repugnaban a su íntimo sentir de hombre de la «ilustración». Las decisiones del congreso de Verona (1822) y, principalmente, la acordada intervención extranjera en España para restaurar en la plenitud de poderes al rey Fernando VII, afectaron mucho a Humboldt. Tomándolas como sintomáticas de la Europa que se preparaba, concibe el proyecto de abandonarla. Así lo expresa en carta a su hermano Guillermo escrita en Verona, y en octubre del año últimamente dicho: «Tengo la idea de acabar mis días de un modo más agradable y útil para la ciencia, en una parte del mundo en donde soy extraordinariamente querido, y en donde todo me da razones para esperar una feliz existencia. Éste es un medio de no morir sin gloria, de reunir a mi lado muchas personas instruídas y de gozar de la independencia de opiniones y sentimientos que necesito para mi felicidad. El proyecto de un establecimiento en México y de salir a explorar desde allí las partes del país que no he visto». La crisis antieuropea en el impresionable Humboldt duró poco; su desaliento desaparece con una segunda expedición al Vesubio.

En el año 1826, en complacencia a su monarca y en agradecimiento al mismo, levanta Humboldt su casa de París y se traslada a Berlín. Pronto a su cargo palatino

se añadieron otros, como el de Consejero de Estado. La presencia de Humboldt en Palacio, real y no nominal como había sido durante muchos años, no fue aceptada de buen grado por otros cortesanos. Les parecía incómodo el trato y contacto con el «jacobino» de París, con el amigo de emigrados o subversivos de otros países que se habían acogido a la hospitalaria Francia. Pero los ceños arrugados duraron poco, cesan cuando se convencieron de la inutilidad de las «hablillas» y de que el recién llegado, el novato en intrigas de corte, gozaba de la cordial confianza de su rey.

Federico Guillermo III sintió siempre admiración por Humboldt; diferencias ideológicas no enturbiaron nunca su buena amistad y trato de confianza. La situación preeminente del cortesano no cambia con el sucesor, Federico Guillermo IV. También subsisten, y aun llevadas a mayor extremo, las diferencias dichas. Sin perjuicio de esto, el nuevo monarca más notoriamente que su antecesor cultiva la amistad con Humboldt; lo sienta a su mesa, como Federico el Grande a Voltaire; pasea con él; requiere su presencia para conversaciones vespertinas en Postdam y Sanssouci, y lo convierte, considerándolo como el sabelotodo, en mentor de su curiosidad enciclopédica. Federico Guillermo IV llega a extremos en sus atenciones hacia Humboldt. En Charlottenhof, palacio construido por Schinkel en el parque de Sanssouci, le hizo preparar un gabinete y contiguo dormitorio; éste, equipado y dispuesto de tal modo que hiciese recordar a su usufructuario el viaje a las regiones tropicales. Fue deseo del rey la permanencia constante y no circunstanciada del sabio en Sanssouci.

El oropel de la vida palatina tuvo su correspondiente contrapartida. Humboldt necesitaba para vivir

de las cantidades que percibía del fisco prusiano; ahora bien, su posición personal, dada su ideología política que a nadie ni a sus monarcas ocultaba, se hacía difícil. Era el hombre de confianza en Palacio; la utilizaba, eso sí, en favorecer singulares valores científicos, empresas de la misma calidad y en particulares servicios, pero poco o nada pesaba la confianza dicha en muchas medidas de gobierno autocrático, de signo bien contrario al que hubieran tenido de ser inspiradas por él. Por eso, malos momentos le tocaron en suerte, al sentirse en la imposibilidad de actuar según sus deseos, no obstante su preeminente posición, contra ciertas medidas de gobierno. Nada, por ejemplo, inmediato y eficaz pudo hacer ante la triste consecuencia del golpe de Estado del hannoveriano monarca Ernesto Augusto, que cuesta la expulsión de su cátedra a siete profesores de la Universidad de Gotinga. Entre aquellos contaban el orientalista E. A. Ewald y el físico Weber, yerno y colaborador, respectivamente, de Gauss, el gran amigo de Humboldt. Nada igualmente pudo hacer para suavizar las medidas represivas derivadas del movimiento del año 1848.

La situación equívoca de Humboldt, hombre de la «ilustración» que estaba al servicio de reyes que actuaban como absolutistas, dió de sí lo que era de esperar: políticamente se hace sospechoso a unos y a otros, a los partidarios de sistemas y formas tradicionales y a los deseosos de reformas y avances políticos. Hay odios que no perdonan, ni siquiera en las horas emotivas propicias a la generosidad y caridad; quizá alguno de ellos, es presunción mía, motivó la explosión de salvajismo que acaece en la conducción de los restos mortales de Humboldt. De este hecho, sin detallarlo, que ocurre «sin saber por qué», da noticia la puntual obra de Bruhns, y la recoge después la del profesor Günther.

Gran consuelo representó en el desierto ideológico de Humboldt palatino su trato con la princesa Augusta de Prusia; la amistad en este caso se armoniza con afinidades de credo político-social, como demuestra su cambiada correspondencia en francés. La princesa Augusta fue la esposa del Príncipe Regente, después Guillermo I, rey de Prusia y primer moderno emperador de Alemania. Tuvo gran influencia en la formación política de su hijo, Guillermo II; formación que se fortifica, por los caminos que Humboldt hubiera deseado, al casarse con una hija de la reina Victoria de Inglaterra.

Para terminar el cómo la ideología política de Humboldt, derivada de la «ilustración», colisiona en su vida con otras distintas citaremos un último caso. Ha sido estudiado con detalle documental, en libro todavía inédito, por Dr. Germán Bleiberg.

En su viaje por Rusia y Asia rusa tuvo Humboldt, a falta de otros, gran éxito como prospector de minas: asegura la existencia de diamantes en los Urales, y a los dos meses Schmit y el conde de Polier convierten la predicción en realidad, de lo que tiene noticia el célebre viajero antes de abandonar San Petersburgo. En vista de esto, D. Juan Páez de la Cadena, embajador de España en la capital de Rusia, ligado a Humboldt por conocimiento personal y por comunes amistades, como las de Elhuyar y Bauzá, piensa en la conveniencia de que el gobierno español subvencionara una estancia de Humboldt en la Península, al objeto de prospecciones mineras y otros estudios. La tan bien intencionada gestión es aceptada y favorablemente acogida por el ministro o secretario de Estado Sr. González Salmón; de acuerdo con esto se cursan las oportunas comunicaciones a las embajadas españolas de París y Berlín, ya que la residencia berlinesa de Humboldt se interrumpía con

frecuencia por escapadas a París. Pero la bien intencionada invitación española se anula o queda en nada ante la insospechada información, verdadero pliego de cargos, que envía al Sr. González Salmón el español embajador en Berlín D. Luis González de Córdoba. Resultaba por aquélla Humboldt un peligroso perturbador, en relación con díscolos subversivos emigrados a Francia, alentador de la revolución de 1820, y «cuyas obras sobre las Américas españolas son tan injuriosas como han sido fatales a los intereses del rey Nuestro Señor». En Nuestra Señora la Verdad y en el Nuestro Señor que está por encima de humanas pasiones debió pensar D. Luis González de Córdoba antes de lanzar tan injustificadas acusaciones contra Humboldt. Verdad es que se contestaron debidamente por Páez de la Cadena; que en el año 1844 el gobierno español otorga a Humboldt la Gran Cruz de Carlos III, pero... de la calumnia algo queda, sobre todo cuando su tóxica semilla se siembra en suelos de acres partidismos; sobre gentes de miope exclusividad en sus juicios, para las que no hay sobre la valoración de los hombres y de su haber más que un solo matiz: los adecuados a determinada ideología político-social, y los ajenos a la misma. La partidista actuación de Luis González de Córdoba no tuvo real consecuencia; fue un golpe en el vacío, pues con ella y sin ella Humboldt, sin *desplante*, no estaba dispuesto a venir a España en el año 1830. A poco de regresar de Asia escribe así a su editor Cotta: «Nada me apartará de mi trabajo. No pienso en ningún viaje, ni a Francia, ni a Italia ni a España». Sin embargo, en el año dicho fue requerida su presencia en París por Federico Gui-

lhermo III, como enlace y contacto entre Prusia y la monarquía de Luis Felipe I.

\* \* \*

Está afectado Humboldt por dos calidades quizá más afiliadas que a la «ilustración» a la filosofía de la Enciclopedia y, principalmente, a las concepciones de J. J. Rousseau. Me refiero con esto a lo que llamo *indigenismo* y *anticolonialismo* de Humboldt. El primero atañe a su favorable disposición hacia la población indígena en las zonas dominadas por los europeos; el segundo, al deseo de ver libres de ajenas soberanías a etnias dominadas o sojuzgadas.

El *indigenismo* de Humboldt es natural manifestación de su humanitarismo o filantropía, tan común en su época; de aquél o aquélla que le hace vibrar de indignación al contemplar por una sola vez negros expuestos a la venta en la Plaza Mayor de Cumaná (Venezuela); de aquél que lamenta doloridamente la existencia en Colombia y Méjico de *cargueros* y *caballos* o *caballitos*, que eran hombres ensillados que servían a otros de cabalgadura; y de aquél que exulta briosamente en el último capítulo del *Ensayo sobre la isla de Cuba*. El *indigenismo* de Humboldt se centra, principalmente, en Nueva España, cuya población cualitativa y cuantitativamente estudió con todo detalle. No puede extrañarnos a los españoles, familiarizados con las exageraciones exclusivistas del padre Las Casas. Hay que decir, por la buena doctrina de "dar a cada uno lo suyo", que por la época en que planea el *indigenismo* de Humboldt sobre Nueva España no era ninguna novedad; era asunto candente y había determina-

do valientes actitudes personales y hasta colectivas. Años antes de que Humboldt posara el pie en Nueva España, Fray Antonio de San Miguel, obispo de Michoacán, de acuerdo con su cabildo, eleva al rey de España una Memoria (1799). El real contenido de la misma no es otro que abogar en contra de las excepciones que ponían a los indios y gentes de otras *castas* en distinto plano de vida y derechos que el ocupado por los blancos; el hacer posible el acceso de aquéllos a la propiedad territorial a base de las tierras comunales y de las realengas no atendidas por sus beneficiarios, y pedir para Nueva España una Ley Agraria semejante a la de Asturias y Galicia. Con el sentir de la dicha Memoria coincide en un todo el indigenismo humboldtiano; se inspiran en aquélla las palabras que como última conclusión cierran el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*:... «que el bienestar de los blancos está íntimamente enlazado con el de la raza bronceada, y que no puede existir felicidad duradera en ambas Américas, sino hasta que esta raza, humillada pero no envilecida en la larga opresión, llegue a participar de todos los beneficios que son consiguientes a los progresos de la civilización y del perfeccionamiento del orden social».

\*  
\* \* \*

Humboldt no disimula en sus escritos ni en su trato, decantado en cartas, la simpatía por la liberación de Hispanoamérica. Sintiéndola íntimamente como parte de su ideología político-social, toma buena nota del sentir de los criollos y de las restricciones, sino de derecho de hecho, que se oponían al efectivo libre desarrollo de las

colonias españolas. Era un teórico, y nada más, de la independización de América; sin que esto signifique animadversión a España, a la que agradeció en testimonios muy expresivos su conducta generosa hasta el límite. En efecto, sin miedo a críticas ni a posturas adversas le abre a Humboldt de par en par las puertas del mundo hispanoamericano. Bien lo reconoce el interesado al comentar con estas palabras el pasaporte que se le concedió: «Jamás se había otorgado a ningún viajero ni dado permiso más completo, ni se había honrado a ningún extranjero hasta entonces con tanta confianza por el gobierno español». A los tres años de permanencia en América escribe a Delambre, y desde Lima: «Ni un solo día en tres años he tenido que quejarme de los agentes del gobierno español, que me han tratado siempre y en todas partes con una delicadeza y distinción que me obliga a un reconocimiento eterno». Bastan estos testimonios, entre los que he ofrendado en otro lugar, para afirmar que la pasión de Humboldt por la independencia y libertad de América no puede ser expresiva de antiespañolismo sino de ideología en él bien arraigada y atemperada.

El suponer a Humboldt adalid en el conocer científico de América, olvidando lo que debe a Gonzalo Fernández de Oviedo y al Padre Acosta, pase; suponerlo teórico adalid de su independización, es sacar las cosas de quicio.

En el terreno de los hechos, se ha exagerado la importancia del trato entre Humboldt y Simón Bolívar. Se vieron en París y Roma, en los años 1804 y 1805; desde estas fechas no vuelven a establecer contacto personal. Cuando, quizá por primera vez, se encuentran en el salón de Mad. Fanny, París 1804, requiere categóricamente el futuro Libertador la opinión de Hum-

boldt sobre la posible independencia de América Española. El interrogado, con buena dosis de escepticismo y crítica, dice... «que aunque considera el país en madurez para su independización, no ve ningún hombre capaz de dirigir con fortuna el movimiento liberador». Se ha dado demasiada importancia a estas palabras atribuídas a Humboldt, por creerse que estimularon a Bolívar para convertirse en el hombre que echaba en falta el sabio. No hay ninguna alusión a este mérito, que de existir hubiera recordado el Libertador a su admirado amigo, en los testimonios que quedan de correspondencia entre Simón Bolívar y Humboldt. Por otra parte, para Madariaga (*Bolívar*, México 1951) aquel interrogar impertinente y contestar discreto es una historieta, como la compañía de Bolívar en la ascensión al Vesubio de Humboldt, Gay-Lussac y Büch. La postura del sabio alemán con respecto a la emancipación de América, sin dejar de hacer voto por ella, trasciende en una página referida a Venezuela de su *Relación Histórica* (Ed. Hauff. Vol. 2.º Cap. 12).

\* \* \*

La ideología de Humboldt y hasta su proyección hacia lo futuro se rastrea en sus libros y, aun más claramente, en su epistolario; sin embargo, carecemos de monumento escrito que la perfíle esquemáticamente en su totalidad. Otro el caso de su entidad científica. Cristaliza en todos sus matices en su postrera obra, en la llamada su «testamento científico», o herencia que deja al mundo de su saber. Su universalismo, su pasión por el estudio de la naturaleza, su concepción unitaria, su erudición científica más reflejada en las notas que

en el texto, su cultura histórica, literaria y hasta artística, y su alma de poeta se vuelcan generosamente en el *Cosmos*. Humboldt es el *Cosmos*. Y el *Cosmos*, resumen de su ciencia y saber, tiene indiscutible raigambre dieciochesca; pero a la vez que esto, destaca con claro contorno una época que puede llamarse *época de Humboldt*, que con él termina. La ciencia de hoy acepta el *Cosmos* con la respetuosa postura que se recibe un valioso documento de los pasados tiempos; su destino, que es como decir el destino de Humboldt, fue de liquidación de época. El tributo más elogioso que puede rendirse a un hombre en función de su obra, es convertirlo en epónimo del tiempo en que vivió.